

La biblioteca, herramienta convivencial

Ivan Illich

(Fragmentos de *La convivencialidad*. Barcelona: Barral Editores, 1974. La edición original, en inglés, se publicó en 1973 con el título *Tools for conviviality*)

La herramienta es convivencial en la medida en que cada uno puede utilizarla sin dificultad, tan frecuente o raramente como él lo desee, para los fines que él mismo determine. El uso que cada cual haga de ella, no invade la libertad del otro para hacer lo mismo. Nadie necesita de un diploma para tener el derecho de usarla a voluntad; se lo puede tomar o no. Entre el hombre y el mundo ella es un conductor de sentido, un traductor de intencionalidad.

Ciertas instituciones son, estructuralmente, herramientas convivenciales y ello independientemente de su nivel tecnológico. El teléfono puede servir de ejemplo. Bajo la única condición de disponer de las monedas necesarias para su funcionamiento, cualquiera puede llamar a la persona que quiera para decirle lo que quiera: informaciones bursátiles, injurias o palabras de amor. Ningún burócrata podrá fijar de antemano el contenido de una comunicación telefónica –si acaso, podrá violar el secreto, pero asimismo puede protegerlo–. Cuando los computadores infatigables mantienen ocupadas más de la mitad de las líneas californianas y, con ello, restringen la libertad de las comunicaciones personales, es la compañía telefónica la responsable, al desviar la explotación de una licencia concedida originariamente a las personas para el habla. Cuando una población entera se deja intoxicar por el uso abusivo del teléfono y pierde así la costumbre de intercambiar cartas o visitas, este error conduce al recurso inmoderado a una herramienta que es convivencial por esencia, pero cuya función se desnaturaliza por haber recibido su campo de acción una extensión errónea.

La herramienta manejable llama al uso convivencial. Si no se presta a ello es porque la institución reserva su uso para el monopolio de una profesión, como lo hace, por ejemplo, al poner las bibliotecas en el recinto de las escuelas o al decretar la extracción de los dientes y otras intervenciones simples como actos médicos, practicables sólo por especialistas.

La producción industrial y la comercialización masiva del saber cierran a la gente el acceso a herramientas para compartir el saber. Es el caso del libro. El libro es resultado de dos grandes invenciones: el alfabeto y la imprenta. La técnica del alfabeto y la de la imprenta son casi idealmente convivenciales. Todo el mundo, o casi todo el mundo, puede aprender su manejo y utilizarlos

para sus propios fines. Son técnicas poco costosas. Se las toma o se las deja, como se quiera. Son difíciles de controlar por terceros. Así, el gobierno soviético parece impotente para impedir el *samizdat*, esa edición y circulación clandestina de manuscritos.

Al aparecer, el alfabeto y la imprenta arrancan la custodia de la palabra a la empresa exclusiva del escriba. Gracias al alfabeto, el comerciante rompe el monopolio ejercido por los sacerdotes sobre el jeroglífico. Con el papel y el lápiz, y más tarde con la máquina de escribir y los medios modernos de reproducción, aparece un abanico de técnicas nuevas que, en sí mismas, inician una era de comunicación no especializada, verdaderamente convivencial para la conservación, reproducción y difusión de la palabra. Con la película y la cinta magnética, aparecen nuevos sistemas de comunicación convivencial. Sin embargo, el privilegio acordado a las instituciones con estructuras manipuladoras ha puesto estas herramientas al servicio de una enseñanza aún más unívoca y monologada. La escuela amaestra al alumno para que se sirva de textos continuamente revisados. Difunde la ilusión de que sólo el escolarizado sabe leer, y refuerza la tendencia a no publicar más que sus obras. Produce consumidores de información y lectores de noticias técnicas. Las estadísticas dicen que los estudiantes leen menos libros no especializados desde que empieza a irles bien en sus exámenes. Cada vez hay más libros escritos para los especialistas educados, pero los diplomados cada vez leen menos por su cuenta. Cada vez la gente pasa más tiempo aprisionada en el programa definido por los nuevos directores de estudios: el editor, el productor y el programador. Es la misma gente que cada semana espera con avidez la salida de revistas como *Selecciones*.

Las propias bibliotecas han sido puestas al servicio de un mundo escolarizado. A medida y conforme las van “mejorando”, el libro es colocado siempre más lejos del alcance del lector. Primero era el bibliotecario quien se interponía entre el libro y su lector, ahora el computador reemplaza al bibliotecario. Al colocar esos libros, almacenados en inmensos silos, a la disposición de un computador, el funcionamiento de la biblioteca pública de la ciudad de Nueva York se ha hecho tan costoso que ya no abre sus puertas más que de las diez a las dieciocho horas los días laborables y el sábado sólo las entreaire. Esto significa que los

libros se han convertido en instrumentos especializados de investigadores a quienes una beca manumite de la escuela y del trabajo.

En realidad, una biblioteca es un modelo de herramienta convivencial, un sitio que ofrece libre acceso y no hace obedecer a programas rígidos, un sitio donde se toma o se deja lo que se quiere, fuera de toda censura. Sobre este modelo, se pueden extender y se pueden organizar discotecas, filmotecas, fonotecas y videotecas públicas, donde la gente tendría ciertamente acceso a herramientas de producción. Dentro de estructuras análogas a la biblioteca, no sería difícil poner a disposición del público las herramientas, bien simples, que han hecho posible la mayoría de los adelantos científicos del siglo pasado.

Los instrumentos de manipulación de los que se sirve la enseñanza hacen subir el precio del saber. Se plantea la pregunta de qué es lo que la gente debe aprender, y, en seguida, se invierte en un instrumento para enseñárselo. Valdría la pena aprender a preguntar primero cuáles son los tipos de herramientas que la gente desea, si quiere ir al encuentro del otro, de lo desconocido, del extranjero, del pasado. Los maestros de oficio se ríen de la idea de que las personas puedan sacar mayor ventaja del libre acceso a las herramientas del saber que de su enseñanza. Con frecuencia apoyan

su escepticismo poniendo como ejemplo la decadencia de las bibliotecas públicas. No pueden ver que si éstas son poco frecuentadas es precisamente porque, en su gran mayoría, han sido organizadas como formidables instalaciones de enseñanza, y que se mantienen desiertas precisamente porque la gente ha sido amaestrada para reclamar instrucción.

Ahora bien, los hombres no tienen necesidad de más enseñanza. Sólo necesitan aprender ciertas cosas. Hay que enseñarles a renunciar, cosa que no se aprende en la escuela, aprender a vivir dentro de ciertos límites, como exige, por ejemplo, la necesidad de responder a la situación de la natalidad. La supervivencia humana depende de la capacidad de los hombres para aprender muy pronto y *por sí mismos* lo que *no pueden* hacer. Los hombres deben aprender a controlar su reproducción, su consumo y el uso de las cosas. Es imposible educar a la gente para la pobreza voluntaria, lo mismo que el dominio de sí mismo no puede ser el resultado de una manipulación. Es imposible *enseñar* la renuncia gozosa y equilibrada en un mundo totalmente estructurado para producir siempre más, y mantener la ilusión de que esto cuesta cada vez menos. ☒

Selección de Ramón Salaberria

PUBLICIDAD